VICENTE CASANOVA

El pino del Norte

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA Y VERSO, ORIGINAL

MÚSICA DEL MAESTRO

RUPERTO CHAPÍ

Copyright, by Vicente Casanova, 1907

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

EL PINO DEL NORTE

ZARZUELA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN TRES CUADROS, EN PROSA Y VERSO

ORIGINAL DE

VICENTE CASANOVA

música del maestro

RUPERTO CHAPÍ

Estrenada en el TEATRO DE APOLO la noche del 27 de Febrero de 1907

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUPL.°

Teléfono número 551

1907

El público y los gacetilleros

Si fuera yo alguno de esos insensatos ó soberbios, á los que un contratiempo literario acibara la vida, diría aquí, porque nadie podría impedírmelo, que el público es un imbécil, que no entendió mi obrita y que yo no hice otra cosa sino echar margaritas á puercos.

Afortunadamente para mí, no sé lo que es soberbia, y de sentido común no estoy mal; mis fracasos los tomo como resultado de mis errores, y paseo por la vida mi modestia, muy satisfecho de ser así, esperando en el trabajo el día del triunfo, que puede llegar, como puede llegarle el premio gordo al jugador de lotería.

El público de los estrenos de Madrid, no se parece al público de esa clase de ningún otro sitio. Cuando en cualquier otro sitio se presenta á su fallo una obra teatral, lo que hace es escucharla. Después pronuncia su sentencia.

Aquí no pasa eso; toda obra que se estrena va sentenciada por el público, y lo va, no por la obra, que desconoce, sino por *amargar la noche al autor*. ¿Por qué es esto? No lo sé, ni me importa; pero así es, y cuando una obra del llamado género chico resulta *extraordinariamente* aplaudida, bien puede el autor estar satisfecho, porque ha rendido á la *fiera* en

608889

fuerza de desternillarla de risa, ó en fuerza de despertarla brutales ansias pasionales; porque eso sí, para nuestro público de teatros por secciones, no hay más arte, ni más literatura, ni más interés que la risa ó la *sicalipsis*.

Díganse en escena los mayores disparates, háganse por los intérpretes—ordenadas ó no por los autores—las más grotescas genuflexiones, dignas de titiriteros, y mientras el público ría, la obra será aplaudidísima y el autor aclamado.

No he de hablar de la *piernografía*; me parece bien, muy bien que cada uno y que todos se diviertan según sus gustos. Si en mi poder estuviera, edificaría un TEATRO SICALÍPTICO, para que fueran los que quisieran ir, sin temor de ofender á la pública moral; los hombres y las mujeres morales no irían, pero podrían vivir sin restricciones y en paz los que gustan de ese género, porque éstos serán siempre igual, con y sin teatro *sicalíptico*.

Mas si no veo un inconveniente para la sociedad en un teatro como ese, claro es que lo veo menos en un teatro por secciones, artístico, literario, culto; y este teatro creí que pudiera ser la «catedral del género chico», porque también hay público para lo artístico, lo literario, lo culto, como lo hay nada más que para reirse hasta reventar, sin fijarse en otra cosa.

En lo que están todos conformes, es en que esa masa heterogénea de gustos—el público,—vive cansada de chulos, de melodramas, de dramas comprimidos, de obras que mueven á la risa por medios grotesco-literarios y de libretos de los que salta el chiste que enrojece, con acompañamiento de exhibiciones de pantorrillas y *ainda mais*.

Sí, de todo esto está ahito el público, y apartándome de ello escribí EL PINO DEL NORTE, zarzuela polaca que, como dice muy bien el Sr. Laserna en *El Imparcial*, *responde á un estudio directo y concienzudo de tipos y costumbres*, y apunté un dramita pasional sencillo, nada más que lo apunté, para huir del *drama comprimido,* dejando aparte el elemento cómico y los chistes, para que la acción se deslizase apacible, sin efectismos dando así carácter á la obra, verdad á las costumbres y realidad á los tipos, realidad de la que no debía alejarme, aun pareciéndonos tan antiestética en nuestros días la indumentaria del año 53 del pasado siglo.

Quise hacer de ese modo la obra para no caer en una de tantas de las que el público está cansado, y mi error primero fué, como señalan algunos críticos, pensar que aquí podría interesar el patriotismo de Polonia, del cual mucho tenemos que aprender nosotros los españoles, que hemos permanecido indiferentes ante la pérdida de nuestras colonias.

Mi otro error, consiste en no haber dado por lo visto, la bastante intensidad de acción á la obra, ni de pasión á los personajes; y sin esta intensidad, y con nuestro desprecio á todo lo que es patria, la obra tenía que no interesar y no interesó.

Esto me hizo ver el público, y como yo escribí para el público, y á su fallo, que entiendo inapelable, sometí mi obra, bien claramente confieso mi equivocación, con la pena de no haber acertado, pero sin la sombra de enojo. Al público hay que aceptarlo como es, y quien no esté conforme con él, que escriba para su familia.

El 26 de Febrero, publicó *Heraldo de Madrid* un

admirable artículo de Jacinto Benavente. Habla este coloso del teatro del siguiente modo:

«No discuto la calidad del género chico ofrecido al consumo; creo que no perdería nada en comparación con el grande; su pecado mayor, en un país poco educado como el nuestro, es el de elevarse muy poco sobre la cultura media del público; el de contribuir, por el contrario, á suministrarle un caudal de vocabulario soez y chulesco, que aumenta en algo la grosería en trato y costumbres».....

.....

«Creo también, contra la opinión pesimista de muchos y en honor de la cultura de gran parte del público, que un género chico artístico en que alternara el drama y la comedia en un acto con diálogos ó entremeses, en donde se representara lo mismo un drama de Mæterlink que un poema de Musset ó una farsa de Courteline, en donde los autores dramáticos, y tanto como ellos los poetas y los novelistas, los que sin ser *hombres de teatro* ni conocer sus recursos pueden hacer obras de arte y presentar otras de diversas y de nuevas tendencias, que dieran mayor amplitud á los gustos del público, hoy muy limitados de horizontes, lograría pleno favor del público y sería muy provechoso para Empresas y autores.»

El Pino del Norte se estrenó el 27 de Febrero, y bien se ve que su tendencia no es otra que intentar un *género chico artístico,* sin conocer, claro está, cuando escribí la obra, esas opiniones del Sr. Benavente.

El público en su *media cultura* no me ha concedido beligerancia, y si no le pido perdón, porque mi intención ha sido buena, tampoco le guardo rencor.

***

Si el público no me dió la alternativa para el logro de mi buen deseo, algunos gacetilleros teatrales no me perdonaron la intención.

Esos gacetilleros, matuteros de la literatura y del periodismo, constituyen una casta especial. Son nadie, no han hecho nada, y por aquello de que el pabellón cubre la mercancía, se amparan bajo la sombra de un periódico para intentar ser alguien.

Como no pueden hacerse un nombre en ninguna de las cosas de que trata la hoja diaria, ó semanal, se *meten* á críticos. Así se intitulan ellos pomposamente. Con *dar palos* como por ahí se dice, llegan á adquirir cierta notoriedad entre horteras y modistillas, y viven tan ufanos, no creyendo que hacen bien, sino pensando cándidamente que hacen mal, y no lo hacen, porque los no inconscientes, si los leen, como están hartos de ellos los desdeña, y el buen sentido se impone.

Para estos gacetilleros que no han podido estrenar ni en un guiñol, si el telon, en un intermedio ha tardado en levantarse más de lo preciso, el autor es un cursi; si una actriz ha salido á escena con el color natural de su pelo en vez de salir con el pelo rubio, si no es rubia, el autor de la obra es un insulso; si el público por antipatía para con un actor le *abuchea* al salir éste á hacer su papel, el autor es un percebe; si los coros están desafinados y mal vestidos, el autor es un congrio. Así *critican* estos gacetilleros teatrales. Si no hicieran eso, ¿qué sabrían hacer?

Precisamente porque yo durante algunos años he ejercido esta pseudocrítica que nos traemos para andar por casa, soy respetuosísimo con la crítica noble, sana, con la que muestra serenamente defectos

para que sean corregidos, y jamás he tenido una palabra de mal gusto para los autores de las obras pseudocriticadas, ni para las obras mismas. Todo lo que es trabajo me parece respetable; todo lo que es lucha por la existencia, por el arte, por el ideal, lo he mirado con devoción, y por eso la crítica honrada, no se ensaña jamás. Las que se ensañan son esas gacetillas redactadas por los envidiosos y por los impotentes.

*
* *

Un periódico comenta mi obra, en verso... vamos al decir. Pues bien; para criticar mis versos—y no vamos al decir—escribe el crítico:

¿Cómo el señor Casanova
no encontró un bendita alma
que al leer *El pino del Norte*
no se atrevió á hablarle en plata?

No he de emplear mi tiempo en comentar estos *versos*, pero me parece que su autor podía irse á Rusia, aunque sin hablar ruso; mas de ser español, de escribir español, lo menos que se le puede pedir es... que escriba en español...

¿Alsina? ¿Alsina?... No me suena.

El Sr. Alsina es, según me han dicho, el crítico teatral de *El País*.

Dice este señor que EL PINO DEL NORTE *pertenece, para mayor dolor, á la clase de las obras literarias, y tiene la agravante de parlamentos largos, escritos en sonoros versos* (?) *de la escuela de...* (aquí el nombre de un escritor que dicen que *ripia* mucho).

Cuanto á lo de ser mi obra literaria, defecto grave para el distinguido Sr. Alsina, lo lamento por él; pero, sí, es literaria. Como que sin ponerme de acuerdo con el insigne literato Sr. Benavente, opino y siento como éste. Y entre pensar y sentir en asuntos de arte como el Sr. Benavente ó como el señor Alsina, ¡qué carambal, si el Sr. Alsina no lo toma á mal, quiero pensar y sentir con Benavente.

Duda el Sr. Alsina de la bondad de mis versos y... ¿qué le voy á hacer? Lo siento también, por el mal gusto del Sr. Alsina; pero tenga en cuenta que ese periódico en donde escribe, *El País*, allá por el año 1899, el 19 de Diciembre, decía de mi humilde persona:

«Su último libro (uno mío de versos), en nada desmerece de su fama de versificador correcto y de inspirado creador.»

Por lo que más quiera usted, señor Alsina, sáqueme de dudas, porque esto es para mí muy interesante. ¡A quien creo, á *El País* del 99, ó á *El País* de 1907! .....

.....

Lo declaro solemnemente; el gacetillero que más mal me ha causado ha sido *Alejandro Miquis*. Cuando á las veinticuatro horas de estrenada esta zarzuela, y sin que ya figurase el título en el cartel de Apolo, leímos en mi hogar la crítica de *Miquis*, mi dulce compañera se apenó hondamente, mis 17 hijos lloraron, yo me sumí en un mar de confusiones, y hasta mi cocinera—que es de armas tomar—cogió la escoba, disponiéndose á salir en busca de *Miquis*.

Dicen por ahí, que este gacetillero, tiene todo el aspecto de un *buho triste;* yo no conozco á *Miquis* ni

de vista, (si se empeña lo conoceré) pero evidentemente debe tener parecido con ese pajarraco nocturno. Como este, *Miquis*, no tiene nido... literario; como este, ejerce solamente por la noche, porque si ejerciera por el día, habría visto que EL PINO DEL NORTE no figuraba en los carteles, y no había por lo tanto para qué estallar en ira, escupir tanta majaderia, ni vomitar tanta mentira; pero *Miquis*, como el buho, tiene que emplearse en las tinieblas, y no se le ve la pluma... ni el pelo, hasta la noche siguiente, en que aparecen sus gacetillas, que son chasquidos de mal intencionados infundios, con los que pretende ocultar su ignorancia en cosas de literatura y de teatro.

Ya sé yo que pude evitar á los míos, y evitarme, el enorme disgusto que nos dió *Miquis* con solo acercarme á este. Pero como hay clases, creí que debiera ser él quien se acercase á mí, pues es notorio que yo soy generoso y discreto.

No he de seguir á *Miquis* en su gacetilla para rectificar sus mentiras, solo quiero rectificarle, con la opinión de hombres que han probado que valen mucho más que él.

Dice *Miquis* que en la obra «solo hay un ambiente de lecturas folletinescas;» en tanto que el Sr. Laserna entiende que la obra *responde á un estudio directo y concienzudo de tipos y costumbres.*

Me niega *Miquis* (¡no es extraño!) hasta que yo sé hacer versos, en cambio *Caramanchel* dice:

«Y debo añadir que el autor es poeta. Sólo á un poeta pudo ocurrírsele que la libertad de Polonia había de interesarnos en Apolo...»

La Epoca afirma que «el autor es un poeta, y así lo revela en los preciosos versos...»

Ahora comprenderá *Miquis* el mar de confusiones en que me ha sumido su gacetilla.

No para en esto el egregio *crítico* (ya ve *Miquis* que tampoco le guardo rencor), y presumiendo demostrar que hay ripios en las décimas en que describo la batalla de Somosierra ¿qué hace? Va y coge cuatro pareados y subraya *vasallos*, cuando se trata de soldados, y subraya *espesa*, cuando se trata de una columna del ejército invasor.

¡Qué ignorancia la de *Miquis!* Pues qué, ¿no es *vasallo* «cualquiera que reconoce á otro por superior ó tiene dependencia de él?» Y el soldado, ¿no reconoce la superioridad del oficial, y no tiene dependencia de éste en funciones de guerra por lo menos?

Asimismo le sorprende (¡no es extraño!) que use el adjetivo *espesa* tratándose de una columna de un ejército. El adjetivo espeso, ¿no quiere decir compacto, apretado? y como metáfora, ¿no significa apiñado, unido, cerrado? ¿Puede negarse, si no es con una inocente mala fe, que una muchedumbre de soldados sea espesa?

Y si lo niega de buena fe, ¿cómo este *M iquis* usa la pluma para escribir para el público?

Sólo á un *Miquis* pudo ocurrírsele que una frase de la obra, puesta en boca de una niña, es un chiste de mal gusto, cuando no es otra cosa que demostrar que la protagonista hace el bien allí en donde el bien es preciso, sin preocuparse de formulismos sociales. Pero ¿á qué seguir?

¡Adios, *Miquis!* (Con desprecio.)

*
* *

Termino estas líneas escritas solamente con el propósito de *dar con la badila en los nudillos* á los que lo merecen, expresando sentimientos de gratitud.

En primer lugar, envío esos sentimientos al insigne Chapí, gloria de la lírica española, á quien después de su inmensa y admirable labor de años, discuten los ignorantes y los malévolos.

Hizo Chapí la música de EL PINO DEL NORTE con un amor muy grande, y la partitura toda es inspirada, poética, sentida, con gallardos alardes de instrumentación; y su inspiración genial y su maestría consumada las ha puesto al servicio de mi obra, digan lo que quieran los termómetros. ¡Gracias, maestro!

Envío también desde aquí un saludo de cariñosa gratitud á la bella artista Joaquina del Pino, y á la notable actriz Sra. Torres de Carreras, quienes dijeron sus respectivos papeles con cariño. Si el triunfo no coronó su trabajo, no es culpa de ellas: es mía solamente.

Con briosa entonación, el celebrado artista Sr. Ruiz de Arana dijo su papel todo, matizándolo y dándole color y ambiente. En las décimas fué un actorazo, defendiendo la obra y al autor, cuando una parte del público vociferaba como en la Plaza de Toros.

Ruiz de Arana, sereno, dueño de sí mismo, quería con su arte contener los denuestos de los *abucheadores,* que acaso pedían mi cabeza por el delito de hacerles oir versos. Sin entregarse al enemigo—cosa que suelen hacer otros actores,—Ruiz de Arana luchó bravamente, como lucharía sin duda el coronel polaco que aquí en Somosierra venció á los españoles; sólo que, la lucha por la independencia de la patria, fué más fácil de dominar en aquella época, que la lu-

cha que entablan un autor y un actor en los días que corren, con un público y con unos gacetilleros teatrales, cuando no se trata de *sicalipsis* y de *astracanadas*.

Doy también las gracias á los demás intérpretes de EL PINO DEL NORTE por su buen deseo.

Y... siga la grita.

Vicente Casanova.

Madrid 4 Marzo 1907.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MARYA	Srta. Pino.
GELCHA	Sra. Torres.
UNA CAMPESINA	N. N.
NIÑA 1.ª	Niña Novo.
IDEM 2.ª	García.
CORONEL SEGISMUNDO	Sr. Ruiz de Arana.
ENRIQUE	Lecha.
CAPITÁN CONDE IVANOF	Carrión.
JOSÉ	Manzano.
BARTECK	Gordillo.
UN CAMPESINO	Rodríguez.
UN NIÑO	Niño Novo.

Coro general y de niños, judíos y soldados rusos

La acción en un señorío de la Polonia rusa en el año 1853

ACTO ÚNICO

CUADRO PRIMERO

Fachada á la izquierda, casi en primer término, de la casa del Coronel Segismundo. La casa es de dos pisos, bajo y principal. De la planta baja, sale una «veranda», especie de terraza baja á la que se sube del suelo por tres escalones, y envuelta en trepadoras plantas que la recubren hasta el techo. A todo fondo el jardín de la casa, con grandes árboles. En la derecha, y en sentido perpendicular á la batería, mesa larga adornada con flores, y en la que hay viandas y grandes jarros que se suponen con cerveza. Al levantarse el telón aparece Gelcha subida en una escalera de mano, encendiendo los últimos farolillos de que está profusamente adornada la «veranda».

ESCENA PRIMERA

GELCHA sola

(En lo alto de la escalera.) Ya está todo preparado para la fiesta. Hoy es el gran día, ó mejor dicho, la gran noche. Mozas y mozos en agradable confusión recorren los campos cantando y diciéndose amores. (Pausa.) ¿Amores? También me los dice José. Pero no le quiero, es muy tonto y muy feo. No sabe más que trabajar, eso sí, y llorar cuando digo que no le amo. Yo no quiero un hom-

bre que llore, que eso es de mujeres... Casi prefiero un hombre que me haga llorar; como el señorito Enrique á la señorita; porque es por él por quién llora. La señorita no me lo ha dicho, pero yo bien lo comprendo; y lo cierto es, que se lo merece, porque es guapo, arrogante y... ¡español! Ahí es nada, un español en Polonia. (Pausa.) ¡Y cómo deben querer los españoles! ¡Con todo el fuego del sol de su tierra! No, la verdad es que los Polacos son más sosos... y más fríos.. Parece que nuestra nieve llega hasta la sangre de nuestros hombres. Pero lo raro es que no llegue á la sangre de nosotras las mujeres, porque lo que es yo, no tengo la sangre fría.

ESCENA II

GELCHA y JOSÉ

GEL. (Viéndolo.) Ya está éste aquí.

JOSÉ ¿Sabes lo que te digo, Gelcha?

GEL. ¡Qué!

JOSÉ Que bajes de esa escalera.

GEL. ¿No ves que estoy acabando de encender los farolillos?

JOSÉ Yo los encenderé. No te quiero tan alta.

GEL. Pues de este modo estaré siempre para tí.

JOSÉ Es que se te ven los pies.

GEL. Pues no mires, zopenco.

JOSÉ Si no puedo separar los ojos.

GEL. Tápatelos.

JOSÉ Entonces... ni te veo los pies ni te veo á tí.

GEL. Ni hace falta.

JOSÉ (Quejumbroso.) A tí no te hará falta, pero me la hace á mí. Cuando te miro, parece que me ocurre lo que á la tierra mirada por el sol; que primero deshace las nieves, después seca el lodo, y las flores y los frutos salen contentos al aire, como si no pudieran resistir tanto tiempo de prisión.

GEL. No digas tonterías. Te repito una y mil veces que no te quiero. ¡Ea!

JOSÉ Pero, Gelcha, no seas así. Eso del cariño es como la lluvia menuda; entra en la tierra poco á poco. Ya te entrará el cariño.

GEL. (Bajando de la escalera.) Sí, no sé cuándo.

JOSÉ Cuando me conozcas, cuando sepas que soy más leal que un perro y más bueno que el pan.

GEL. Bien te alabas. Mira, recoge esa escalera y pónla ahí. (Indica el costado anterior de la casa. José obedece.) Pobrecillo. Bruto, sí será, pero obediente también. No son así todos los hombres. (José vuelve.)

JOSÉ ¿Con que vas á quererme?

GEL. ¿No te digo que no?

JOSÉ ¿Y por qué no? ¿Soy yo tan feo? Pues no lo soy, y si no pregúntaselo á Yanca.

GEL. (Con curiosidad.) ¿Ah, sí?

JOSÉ Sí, que está muerta por mis pedazos.

GEL. (Con despecho.) Pues me alegro mucho. ¡Como es tan guapa y tan...!

JOSÉ No es fea; y si lo fuera, sus vacas y sus cochinos la harían preciosa.

GEL. Pues carga con ella, que es una proporción después de lo que ha corrido.

JOSÉ No la ha corrido más que con el sacristán, y con los sotanas no es pecado.

GEL. Bueno. Cásate y que seas muy feliz con la santa.

JOSÉ No, si yo no quiero casarme con ella, sino contigo; es ella la que me busca, la que no me deja en paz, y me dice que tengo unos ojos que matan; y en fin, hace conmigo lo que yo contigo.

GEL. ¿Pues qué haces tú?

JOSÉ Quererte, mujer, quererte.

GEL. Pues ahora que sé que estás tan solicitado, te quiero menos que nunca. Ya lo sabes.

JOSÉ ¡Ah, sí! (Dándose puñetazos en la cabeza y medio llorando.) ¡Pero qué bruto soy! ¡Por qué te lo habré dicho! ¡Ya no tengo esperanza! ¡Soy un animal! Pero yo, Gelcha, no la quiero. Ella es una fea de todos los diablos, y tú

eres más bonita que los ángeles del cielo. Ella no es buena y tú eres una santa. Ella es un demonio tentador, y tú... eres tentadora sin ser *demonia*. ¡Quiéreme, quiéreme!

GEL. ¡Que no, que no y que no! Conque ya lo sabes. Vete. (Imperiosa.)

JOSÉ (Llorando á grítos sale por la derecha, volviendo cuando va á desaparecer.) ¿Me vas á querer? (Suplicante.)

GEL. ¡¡No!!

JOSÉ Pues me caso con Yanca. (Sale.)

ESCENA III

GELCHA sola

Y se casará... Todas esas tienen más suerte que una. Dicen de mí que soy muy señorita, que no sirvo para nada. Está visto. Aquí hay que servir para todo si quiere una casarse.

ESCENA IV

DICHA y MARYA, CORONEL SEGISMUNDO y ENRIQUE

MAR. (A Enrique al bajar las escaleras de la «veranda».) ¿Ya lo has arreglado todo?

ENR. Todo. Y á no ser por esta maldita administración rusa, ya estaría en España.

MAR. ¿Tan mal te hemos tratado?

ENR. No, Marya; tú sabes que no. (Aparte á Marya.) Pero aún puedes tratarme mejor.

MAR. ¿Y cómo?

ENR. Ya te lo diré antes de marchar.

SEG. Habrás visto que las cuentas están bien claras.

ENR. Sí, querido tío. Es usted tan buen guerrero como administrador.

SEG. Siempre tuí lo mismo. Mi fortuna se la llevó el diablo por mi patria; la de mi hermano, es decir, la tuya hoy, la he conservado in-

tacta, ya lo ves. Tu padre, mi hermano, no mereció tantos cuidados míos. Abandonar su patria por casarse... eso es inicuo, ¿sabes? Inicuo.

MAR. (Con dulzura.) No, abuelito, eso no es malo. El amor es una ley que hay que hay que cumplir en cualquier parte.

ENR. Y al fin y al cabo, en España hay un rincón de Polonia. Sangre polaca llevo en mis venas y mi apellido es el de usted.

SEG. Sí, sí; pero mi hermano debió hacer lo que yo. Regresar a Polonia, casarse, hacer aquí su hogar, y al morir dejar como dejó mi pobre hijo (Conmovido.) y como dejaré yo, seres que puedan un día ser la salvación de Polonia. Mira tu prima, á mi nieta, á mi Marya; se casará con un polaco, (Marya y Enrique se miran con dolorosa inteligencia.) tendrá hijos, los educará en el amor de la patria, y esa nueva generación será la que salve...

ENR. Tío, si usted hubiera conocido una mujer como mi madre, hubiera hecho lo mismo que su hermano.

SEG. Te equivocas, te equivocas. Lo primero es el deber. Fuimos á guerrear con Napoleón contra España, que ningún mal nos había hecho, porque el Emperador nos prometió libertarnos de la tiranía rusa. Figúrate si por ninguna española hubiera yo desertado de mi país.

ENR. Y Napoleón no os cumplió su palabra.

SEG. No pudo, no pudo. Allí, en España comenzó a declinar su gloria. Después de la batalla de Somosierra llegamos á Madrid. Mi hermano conoció á tu madre que lo rechazaba por francés...

ENR. También mi madre era patriota.

SEG. Sí, pero en cuanto supo que no era francés y que se quedaría en España, se le acabó el patriotismo.

MAR. Venció el amor.

SEG. Venció la debilidad; por eso yo, me encerré en el campamento de Chamartín. No quise conocer á las madrileñas, y con Napoleón

salí de España. Tu padre se quedó allí, sin atender á los requerimientos de su patria, y sin obedecer á su Coronel, que era yo.

ENR. Y por eso, Coronel, no me quiere usted, por que nací en España

SEG. (Abrazando á Enrique con efusión.) ¡Oh, no hijo mío! Yo te quiero, yo te quiero mucho; mi único amor sois mi país, mi Marya y tú. Y ahora que te conozco, más, mucho más. Eres el hijo de mi hermano, eres mi propia sangre... eres... polaco como tu padre y como Marya y como yo. (Lloroso, se separa de los brazos de Enrique y entra en la casa seguido de Gelcha que ha estado acabando de arreglar la mesa con las viandas.)

ESCENA V

MARYA y ENRIQUE

Música

ENR. ¡Pobre viejecito!
MAR. Qué bueno es.
ENR. ¿Te ama?
MAR. Me adora.
ENR. No es sólo él.
Yo Marya mía,
¡te amo también,
él adora á la niña.
yo á la mujer!
MAR. No hables, por Dios, Enrique,
de esa manera.
(Aparte.)
Sús palabras al fondo
de mi alma llegan.
ENR. Es preciso que te hable
voy á partir,
y quiero que conozcas
mi honda pasión.
Mi vida será muerte
lejos de tí,

porque contigo queda
mi corazón.

MAR. Camino de su patria
sigue el viajero,
y en el camino olvida
glorias y duelos.
Mi patria tiene nieves,
la tuya flores:
tú eres del Mediodía
yo soy del Norte.

ENR. Allá en el Mediodía también hay nieves
que se funden al beso del ardiente sol,
ignoro si las almas de las mujeres
no se funden al fuego del puro amor.

MAR. Sí se funden, Enrique, ténlo por cierto
y fundidas en llanto suelen correr,
lo mismo que las nieves en el deshielo
que á los ríos y mares van á caer.

ENR. ¡Marya, te adoro!

MAR. Sueño, locura.
El amor en la ausencia,
muy poco dura.

ENR. No en la ausencia te quiero,
niña del alma,
en la ausencia me muero
sin fe ni calma.

MAR. Vuelve, Enrique, á tu patria,
déjame en mi soledad,
y no traigas á mi alma la guerra
ya que siempre ha vivido en la paz
Vuelve á tu patria querida,
te esperan su cielo azul
su alegría,
sus placeres,
sus mujeres;
y sus flores y su luz.

ENR. Doy todo el cielo de España
por el azul de tus ojos,
y el carmín de los claveles
por el de tus labios rojos.
Y diera, si dar pudiera,
el sol con su resplandor,
por tu rubia cabellera
que es más bella que mi sol.

(Se oyen muy lejanos los cantos de los campesinos.)

Los dos

MAR. ¡Por qué puso en mí su alma,
por qué puse en él la mía!
¡sin él qué triste mi patria,
sin él qué triste y qué fría!
Envidio á España por su alegría,
patria de glorias y de placer,
envidio á España porque es su patria,
adoro á España sólo por él.

ENR. No pone ella su alma en mi alma
como puse en la suya la mía,
semejante es su alma á su patria
apagada, sin fuego, sombría.
Amo esta tierra sin alegría,
amo esta tierra sin sol ni amor,
porque es la tierra donde ha nacido
con mi esperanza, mi fe y mi Dios.

(Dejan de escucharse los cantos de los campesinos.)

Hablado

ENR. ¡Te amo, Marya! No ha sido el arreglo de la hacienda que me dejó mi padre; no ha sido mi afán de conocer tierras desconocidas lo que me trajo aquí, lo que me trajo fué un secreto impulso, el destino, Dios, no sé, que me decía: ¡Allá! ¡Allá! Y aquí vine, y aquí te encontré. Eres tú la deseada, la soñada.

MAR. ¡No sueñes, Enrique, no sueñes! (Con tristeza.)

ENR. No sueño. ¿Acaso no estás tú junto á mí, blanca como las nieves de mi Alpujarra, con tus ojos plácidamente azules como mi cielo de Sevilla, con tus cabellos de oro que parecen hilillos de mi sol de Madrid? ¿No estamos juntos? ¿Quién puede separarnos?

MAR. La distancia. La patria.

ENR. La distancia se acorta; el amor no tiene patria. Escucha, Marya. Lejísimos está mi madre, tiene ya los cabellos muy blancos. Muerto poco ha mi padre, no puedo dejarla sola. Allí, junto á ella, que es muy buena,

haremos nuestro nido de amor y seremos dichosos

MAR. Tú tienes á tu madre; yo tengo á mi viejecito que es mi padre dos veces. Además tengo á mi patria, que necesita de sus hijos sin que uno solo deba desertar.

ENR. ¡Ah! Es cierto. Te casarás, tendrás hijos polacos..

MAR. (Con firmeza.)
No; no me casaré. (Pausa.)
Yo soy el pino del Norte
que envuelto en frío sudario,
vive siempre solitario
con la nieve, su consorte.
Los días de sol son breves
en estas amplias llanuras,
y las noches por oscuras
tienen reflejos de nieves.
Polonia es triste y sombría
como hecha para el dolor. .
no busques aquí el amor,
que no te ofrece alegria.
Mas no creas que por eso
no lo sabemos sentir,
y no sabemos vivir
ni la mirada ni el beso.
Que así como nuestra tierra
de blanco siempre vestida,
en su fondo tiene vida
aunque la nieve la encierra,
Cuando del sol los fulgores
besan los blancos cendales,
como en países tropicales
surgen frutos, brotan flores.
Y así salen al encuentro
en nosotros por doquiera,
la nieve que va por fuera
y el fuego que va por dentro. (Pausa.)
Mas yo, por lo que te importe
te diré que en mi camino,
he encontrado mi destino,
que es el del pino del Norte.
Nace, yo no sé por qué
de las selvas apartado;

para vivir siempre aislado
¿por qué nace? No lo sé.
Pero vive: y solo y fuerte
siendo una protesta muda
contra la intemperie ruda
y contra su triste suerte.
Y soberbio, ó resignado
las ramas tiene extendidas,
como para ser egidas
del caminante cansado.
Extendidas así están
como á su libre albedrío...
más dan sombra en el estío
y amparo en invierno dan...
Y de igual manera estoy,
siempre sola, siempre fuerte,
pero viviendo de suerte
que ignoro hacia donde voy.
Bajo mis brazos tendidos
recojo á menesterosos,
doy valor á los medrosos
y doy fe á los descreídos.
Los chicuelos del lugar
todos, me vienen á ver,
y les enseño á leer
y les enseño á rezar.
Ya ves, por lo que te importe.
que no puedo desviarme,
que tengo que resignarme
á ser el pino del Norte.

(Se oyen más cercanos los cantos de los campesinos.)

ENR. ¡No me amas. Maryal

MAR. (Aparte.) ¡Que no le amo Dios mío!

ESCENA VI

SEGISMUNDO, GELCHA y BARTECK en la «veranda»

SEG. La gente ya está cerca. Vas á presenciar, Enrique, una fiesta característica de Polonia.

ENR. Me alegro mucho, tío, porque si no la presencio ahora, ya... jamás.

MAR. ¿No piensas volver por nuestro país? (Anhelante.)

SEG. ¿No ha de volver? Pero al principio del verano, no como ahora. Mira, ya los labradores hecha la recolección, se preparan á la siembra antes de que las nieves, que no se hacen esperar, impida las faenas. Cada noble polaco se ha refugiado en sus señoríos y es un agricultor; en los señoríos que no les ha confistado la invasora Rusia. Los labradores en esta época, vienen á saludar á sus señores, y nosotros ya ves cómo los recibimos. (Indicando la mesa con las viandas.) Porque nosotros, aunque nobles, vivimos en perfecta armonía con el pueblo. Sí, Marya, sí, volverá, yo te lo digo.

ESCENA VII

DICHOS y JOSÉ

JOSÉ (Descubriéndose.) Señor, vuestros labradores piden permiso para saludaros.

SEG. Que vengan, hombre, que vengan.

JOSÈ (Al salir, á Gelcha.) ¿Me quieres?

GEL. (A José.) ¡Anda y cásate con Yanca! (Marya, Segismundo, Enrique, Barteck y Gelcha se repliegan junto á la escalera de la «veranda», mientras José dice á los campesinos que entren en el jardín:)

ESCENA VIII

DICHOS y CORO GENERAL

Música

CORO Dios bendiga á los señores
y les dé salud y paz,
y les dé muchas más tierras
que podamos trabajar.

MAR. } Gracias, muchachos,
SEG. } comed, bebed.

(Gelcha y Barteck se acercan á la mesa, haciendo los honores á los campesinos. Estos, mientras unos hacen que comen y beben, otros cantan, dirigiéndose á los señores; es decir, el Coro estará movido en escena.)

CORO

Vamos á comer,
vamos á beber
que hoy es día de alegrarse
y mañana no hay que hacer.
Trabajadores somos del campo
y aunque es muy dura nuestra labor,
la tierra tiene para nosotros
dichas y encantos de dulce amor.
Cuando la aurora por el Oriente
comienza apenas á despertar,
listos dejamos el duro lecho
y al campo vamos á trabajar.
Surcos abriendo con el arado
la tierra quiérese resistir,
pero la tierra, que al fin es hembra,
termina siempre por sucumbir.
Aire libre hay en el campo,
la fuerza en la tierra está;
y por eso somos fuertes
y amamos la libertad.
Es la tierra cual la madre
que á sus hijos sabe amar,
porque á cambio de martirios
la tierra vida nos da.
Cuando en la tarde los campanarios
dicen que es hora de la oración,
alegremente con su ganado
al hogar vuelve el trabajador.
Allí encontramos á nuestros padres,
á nuestros hijos allí también,
y al que no tiene padres ni hijos
siempre le espera alguna mujer.

(Algunos campesinos y campesinas se miran. Marya, Segismundo y Enrique han subido las escaleras de la «veranda».)

SEG. (Hablado.) Sepamos quién ha trabajado más y mejor, para que sean premiados.

ELLAS (Señalando á una campesina.)
¡Esta! ¡Esta!

ELLOS (Señalando á José.)
¡Este! ¡Este!

(La campesina indicada y José se unen. dándose la mano; el Coro estará junto á la mesa.)

SEG. Venid, amigos, que quiero saludaros.

(La campesina y José, cogidos de las manos, van lentamente hacia Segismundo y Marya, de modo que coincidan José con Marya y la campesina con Segismundo.)

Sed siempre aplicados,
que el trabajo es la vida.

(Marya coloca en la cabeza de José una corona de espigas, y Segismundo una de espigas y amapolas en la de la Campesina. Todos prorrumpen en aplausos, vivas á los señores, etc. Unos comen, otros beben. Gran animación.)

CAMP.º (Mirando á la derecha.) ¡La orquesta!

OTRO ¡Los judíos! ¡Los judíos! (Estos entran. Llevan los cabellos y las barbas larguísimos. La cabeza cubierta con sombreros y gorras. Los gabanes largos también y negros. Saludan con humildes reverencias á los señores, y, colocados en hileras en el fondo, simulan tocar en sus violines, flautas y clarinetes una mazurca. Segismundo da unas vueltas de baile con la campesina y Marya con José. Nuevos aplausos, y entonces todos los Campesinos bailan entre sí. Termina el baile y cantan.)

CORO
Dios dé á los señores
el próximo año
tan buena cosecha
como la de ogaño.
Dios les dé venturas
y dichas sin fin, (Haciendo reverencias.)
y pido que nunca
se olviden de mí.

MAR.
SEG. } ¡Adiós, adiós!

CORO (Saliendo.)
El campo nos espera,
brilla la luna
cual si alumbrar quisiera
nuestra fortuna.
Noche de luz y encanto,
de luz y amor; (Saliendo.)
esta es la noche alegre
del labrador.
¡Adiós, adiós!

Hablado

SEG. ¿Qué tal, Enrique? ¿Somos por aquí tan liberales como en España?

ENR. Sí, querido tío. Aquí, por lo que veo, las únicas absolutistas son las mujeres.

SEG. ¡Ah! Las mujeres son igual en todos los países. Y ahora á cenar, á beber á la salud de los labradores. (Todos entran en la casa. Gelcha, que va la última, es detenida por José, que atisbando desde la derecha por donde se fué el Coro, va corriendo hacia ella sujetándola por la falda.)

JOSÉ Ya lo ves, estoy coronado por tí. Para que veas que soy el más trabajador y el más bueno. ¿Me quieres ahora?

GEL. ¡No, no y no! (Entra corriendo en la casa.)

JOSÉ (Llorando y saliendo por la derecha.) Hoy que soy tan dichoso por la corona me voy á morir. (En este instante, desde todo fondo, y ocultándose entre los árboles, llegan á escena dos hombres con pequeños líos en las manos y vestidos de campesinos. Uno mira hacia la derecha por donde se fué el Coro; el otro examina detenidamente la casa y llama al primero por señas. Después entran los dos en la casa.—Telón.

Intermedio musical

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Sala de la casa de Segismundo. Dos puertas á la derecha. En el centro del foro chimenea altísima entre dos cuadros: uno el retrato de Napoleón y otro la imagen de la Virgen. Cerca de la chimenea una butaca que, como los demas muebles, son de la época de Napoleón. Entre las dos puertas retratos también y sillas. A la izquierda dos grandes ventanas y entre éstas un sofá. Sillas, taburetes, etc.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparece MARYA, sentada en la butaca, y el CORO DE NIÑOS de pie. A la izquierda ellos y á la derecha las Niñas

MAR. ¡Muy bien! ¡Muy bien! Hoy estoy contende todos vosotros. Habéis sabido la lección á las mil maravillas, las planas de escritura están perfectamente, y si seguís así hasta Noel, os ofrezco un hermoso árbol con muchos regalos.

TODOS ¡Qué gusto, qué gusto!

MAR. Pero hasta ese día habéis de traerme las lecciones muy bien sabidas, porque si no, no hay árbol. ¿Me lo prometéis?

TODOS ¡Sí, sí!

MAR. Entonces seremos muy buenos amigos.

NIÑA 1.ª Oye, madrecita: mi madre, la que está en casa, me ha dicho que te pida un favor.

MAR. ¿Y qué es ello?

NIÑA 1.ª Pues que esta noche, mientras yo dormía, la cigüeña me ha traído un hermanito.

MAR. (Con asombro.) ¡A ti!

NIÑA 1.ª Sí, madrecita. Esta mañana, apenas alumbraba el día, me llamó mi madre y me lo enseñó; estaba con él en la cama; es precioso, tiene los ojitos azules y el pelito rubio.

NIÑA 2.ª Como todos los niños.

NIÑA 1.ª Y es el caso que la cigüeña dejó el niño estando mi madre completamente sola, porque como yo dormía...

MAR. (Con vivo interés.) ¿Y el padre?

NIÑA 1.ª ¡Ay, madrecita! ¿No sabes que mi padre, murió hace dos años?

MAR. (Turbada.) Sí, hija mía, sí; no me acordaba. Sigue, sigue.

NIÑA 1.ª Pues me ha dicho mi madre, mira: dile á nuestra madrecita que que te haga el favor de algunas ropas para el niño, porque no tiene ninguna y el frío se acerca.

MAR. Sí, pobrecita, sí. Yo iré á ver á tu madre y á tu hermanito y les llevaré lo que necesiten.

NIÑA 1.ª (Corriendo hacia Marya con infantil alegría.) Gracias, madrecita, ¡qué buena eres! (Marya la besa.)

NIÑO Yo también tenía que pedirte una cosa, madrecita.

MAR. ¿También tú, buena alhaja?

NIÑO Sí, pero me da vergüenza pedírtela delante de estos. (Los demás niños se apartan.)

MAR. (Levántase, coge al Niño de la mano y lo lleva la primer término.) Vamos á ver que secreto de Estado es ese. (Los Niños se agrupan y hablan entre sí.)

NIÑO No es secreto, es que si lo digo delante de esos, se van á reir.

MAR. Habla, habla.

NIÑO Pues... nada. Como tú sabes tantas cosa para curar, quería que me dieras una medicina para mi madre.

MAR. ¿Qué tiene?

NIÑO Tiene... la cara negra.

MAR. ¿Negra?

NIÑO Sí. Mi padre no vino á casa en toda la noche, y al mediodía llegó muy alegre y muy colorado... y eso que no era domingo. Mi madre le regañaba, él cantaba; pero de repente dejó de cantar, empezó á puñadas con ella, la tiró al suelo, y dale que le das... Mira, madrecita, me dió una rabia, que por poco cojo un palo...

MAR. ¡Que es tu padre!

NIÑO ¿Y ella? ¿No es mi madre? ¿No debía yo defenderla? Gracias á que ya la dejó; pero ahora tiene la cara llena de cardenales. Por eso quiero una medicina.

MAR. Sí, hijo, sí. Le daré la medicina y también iré á verla.

NIÑO Bueno, pero no le digas que yo te lo he dicho.

MAR. Y tu padre, ¿está en casa?

NIÑO Cá, no, señora. Se marchó cantando.

MAR. (Coge al Niño de la mano y va hacia los demás.) ¡Cuánta desdicha y cuánta miseria! ¡Pero ahora que me acuerdo! (A todos los Niños.) Estoy muy contenta porque habéis sabido las lecciones, y me olvidaba de que ayer estuvísteis fatales en el himno. Veamos, veamos como lo cantáis hoy. (Niñas y Niños se agrupan dándoles la entrada Marya.)

Música

CORO DE NIÑOS

¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!
¡Patria! ¡Patria!
Sobre Polonia débil é inerte
cayó el infame vil invasor,
por nuestros campos corrió la muerte
sembrando luto, duelo y horror.
Deja, patria, de llorar
que cada polaco es
un hombre para luchar
y un héroe para vencer.
En nuestra tierra
para la guerra
solo queremos
poder vivir.
Y nuestros males
con los moscales
tendrán al cabo
que sucumbir.
Deja, patria, de llorar
que cada polaco es
un hombre para luchar
y un héroe para vencer.

Volveremos á ser lo que fuimos,
la lucha es tenaz,
pues solo pedimos
¡libertad, libertad, libertad!

ESCENA II

DICHOS y SEGISMUNDO y ENRIQUE por la primera derecha; el primero con una bolsa en la mano

Hablado

SEG. ¡Bravo, bravo! ¡Hoy sí que habéis cantado bien el himno! Hoy habéis sido unos buenos muchachos, y por eso, os voy á obsequiar con castañas, nueces y dulces.

NIÑO ¡Viva el coronel!

TODOS ¡Viva!

SEG. (Sentándose en la butaca.) ¡Ah! pícaros, me dáis vivas porque os festejo. (Los chicos le rodean y él reparte las golosinas.)

NIÑO No, señor; no es por eso, y lo prueba que yo prefiero á los dulces, que nos cuente el señor como nos ha ofrecido, alguna de las batallas á que asistió.

SEG. ¿Queréis eso?

TODOS ¡Sí, sí!

SEG. Pues voy á complaceros con mucho gusto, ya que hoy habéis sido tan aplicados. (Pausa.)
Hacia Madrid avanzando
y á marchas forzadas yendo,
fuimos matando y muriendo,
más muriendo que matando.
Pero siempre adelantando,
y con el suelo por cama,
por cabezal una rama,
y el cielo como techar,
al fin pudimos llegar
al puerto de Guadarrama.
Era difícil empresa
tomar aquellas alturas;
en acometidas duras
una columna francesa,

bien pertrechada y espesa
se retiró desbandada,
y la española mesnada
batiéndose con ardor,
pensaba que su valor
era todo, ¡y no era nada!
Nada, por la poca gente,
sin trincheras ni cañones,
que no basta corazones
que entregar heroicamente.
En horrible lucha hirviente
los franceses se rehacen,
mas los españoles hacen
un esfuerzo soberano,
y con valor sobre humano
á los franceses deshacen.
Napoleón ruge iracundo
de vergüenza ó de dolor;
mira hacia su alrededor,
y hay en su mirada un mundo.
En mí se fija un segundo,
y al contemplarme inactivo,
dice en tono imperativo:
—Hora es de ganar el puerto.
—Si no lo gano es que he muerto,
pero lo gano, si vivo.
Y cargan mis escuadrones
por vericuetos y breñas,
salvan zanjas, suben peñas
como terribles leones.
A racimos, en montones,
van cayendo mis valientes,
mas vemos indiferentes
oficiales y vasallos,
hombres, armas y caballos,
que ruedan por las vertientes.
Somos ya pocos; arriba,
con valor heroico y ciego,
hace mortífero fuego
la gente brava y altiva.
La pelea es decisiva
para los de nuestra tierra;
y con empuje que aterra
al fin podemos llegar,

y al fin yo puedo gritar:
¡Por Polonia Somosierra!
(Pausa.)
En retirada se van
los vencidos, no domados,
porque aquellos esforzados
con su general San Juan,
ejemplo en la Historia dan.
Pelead, pues, como los otros
cuando seais hombres vosotros
contra la invasión extraña.

NIÑO ¿Son tan bravos los de España?

SEG. (Con entusiasmo.) ¡Hijo, sí, como nosotros!

ESCENA III

DICHOS y BARTECK muy azorado por la primera derecha

BAR. ¡Señor, señor! ¡Los rusos!

TODOS (Con terror.) ¡Los rusos!

MAR. (A Segismundo, Enrique y Barteck.) ¿Nos habrán descubierto?

SEG. Todo puede ser. (A Barteck.) ¿Y qué quieren?

BAR. El Capitán Conde Ivanof me ha dicho que necesita hablar con el señor.

MAR. (A los niños indicándoles la segunda puerta.) Salid por aquí, hijos míos; huid de ellos, y por si no os vuelvo á ver, este beso es mi despedida de todos. (Besa á una de las niñas.)

NIÑOS (Con voz ahogada.) ¡Los rusos! ¡Los rusos! (Mutis por la segunda derecha.)

BAR. Mire el señor que, si se impacienta el Capitán, entrará sin su permiso.

ENR. No se atreverá á tanto.

SEG. No sabes cómo nos tratan, no sabes cómo son con nosotros.

MAR. Atroces, pero Ivanof será aquí respetuoso.

SEG. (A Barteck.) Dile que pase. (Sale Barteck por la primera derecha. Después de breve pausa entra Ivanof.)

ESCENA IV

DICHOS y el CAPITAN IVANOF

IVAN. Sorprenderá á ustedes mi visita, pero un deber la impone.

SEG. No preguntamos.

IVAN. Doy estas explicaciones por cortesía.

SEG. Puede usted excusarlas y abreviemos, Conde Ivanof.

IVAN. Pues abreviemos. He de prender á dos conspiradores, y sé que se albergan en esta casa disfrazados de campesinos.

SEG. Yo doy hospitalidad á quien me la pide.

IVAN. Pero todos sabéis que son conspiradores.

SEG. Lo sabemos.

IVAN. Y todos sabéis á lo que os exponéis.

SEG. } MAR. } Lo sabemos.

SEG Si va usted á prendernos, aquí estamos, y por lo que se refiere á mis compatriotas refugiados en esta casa, mi criado dirá á usted dónde los escondo. Acompáñame, Enrique. (Salen por la primera derecha Segismundo y Enrique, quien mira con desmedido interés á Marya. Esta con amor á Enrique.)

IVAN. (Irritado.) No es el criado de usted quien debe entregarme los criminales.

MAR. (Con humildad.) Yo los entregaré. (Pausa.)

ESCENA V

MARYA é IVANOF

IVAN. No es sólo eso lo que busco aquí, Marya. Los conspiradores son un pretexto para llegar á usted. Ya sé todo lo que va á decirme, más su alma se compadecerá de mí. Joven, rico, he abandonado las fastuosidades de la corte para vivir en este destierro, pero cerca

de usted. ¿Qué tienen que ver las luchas políticas con la unión de las almas?

MAR. Conde Ivanof, usted persigue un imposible.

IVAN. No, no puede ser imposible un amor como el mío. Usted sabe hace tiempo que la amo. Allá en Petersburgo será usted respetada por su bondad, por su belleza, y por ser la condesa Ivanova. (Con énfasis.) Todo allí nos sonríe; fiestas y esplendores. Mi corazón y mi fortuna están á sus pies.

MAR. Gracias. Pero yo, como el Pino del Norte, no elevo mis brazos para pedir mercedes á los poderosos, los extiendo para cobijar á los desvalidos. Yo doy amparo, no lo quiero.

IVAN. Es demasiada soberbia Sabe usted, que su libertad, su vida, están en mis manos.

MAR. (Con energía.) Pues mi vida antes que ser rusa.

IVAN. ¿De qué piedra roqueña está formada su alma? No, no puede ser, usted me escuchará, usted oirá mis quejas, usted no me abandonará á este amor que me mata.

MAR. Conde Ivanof, ¿cree usted que no es bastante á separarnos que sea ruso usted, polaca yo? ¿Cree usted que pueda casarme con usted, que, como los suyos, ha deshecho mi patria, incendiado viviendas, fusilado hombres y niños, y violado mujeres infelices? (Movimiento de impaciencia en Ivanof.) Pero supongamos... lo que no puede suponerse, que soy una renegada, una vil, y siempre quedará un abismo entre nosotros: amo á otro hombre con toda mi vida.

IVAN. (Con asombro.) ¡Usted, Marya!

MAR. Sí; yo, yo. Amo á ese hombre que ha salido de aquí en este instante, (Indicando la puerta por donde salió Enrique) con un amor sólo comparable con *nuestro odio*. Le amo, le amo de tal manera que vacilo, que lucho, si abandonar mi país, ese viejecito de quien soy vida, y mis pobres y mis niños. Abandonarlo todo. ¡Todo por él!

IVAN. (Con reconcentrada desesperación.) ¡Ah! Usted ha despertado en mí un dolor que no conocía,

y que ignoraba hiciese tanto daño. Los celos. Pase que por amor á usted la viese siempre sin mí; me viese yo siempre sin usted. Pero verla de otro, eso... jamás. Mi alma y mi cuerpo la quieren á usted mía. No, no. Usted es mi presa; usted tiene revolucionarios en su casa; usted es cómplice... No, no tendrá usted que abandonar á su viejecito. Irá con usted á Siberia, á vivir en una cabaña, á dormir sobre un montón de paja, á despertar con hambre, y con sed, y con miseria. ¡Todo, todo menos él! (Indicando la puerta por donde salió Enrique.)

MAR. Sí, sí, todo eso; pero, ¿quién podrá impedir que le ame?

IVAN. No hablemos más. Dispóngase usted á partir para Siberia. (Sale por la primera.)

ESCENA VI

MARYA sola

Música

¡Más lejos, Dios mío!
qué suerte cruel,
yo que sólo ansío
vivir cerca de él.
El parte á su España,
yo voy al destierro,
viviendo en mi encierro
con él estaré.
Porque él es la dicha
que yo he presentido,
con ella he vivido
y con ella también viviré.
Sueños de niña
que despertaron,
y se agrandaron
al ser mujer.
Mis ilusiones
poco vivieron;

¡qué pronto huyeron
sin que puedan ya nunca volver!
Muy dolorosa es la ausencia
cuando hay en el alma amor;
¡cómo no tiene clemencia
para matar el dolor!
El en su patria
sin darse cuenta
me olvidará;
yo desterrada
y en lucha cruenta
con su alma mi alma estará.
El tendrá flores en su camino,
y mi destino
sólo es sufrir...
Mas poco importa mi sufrimiento,
ni mi lamento,
si él es feliz...
Cumplí mis deberes,
como otras mujeres
á Siberia voy;
mi patria he perdido,
su amor no he querido
y amándole estoy.
Adiós para siempre,
preciso es valor;
enjúguese el llanto
y á vencer, á vencer del dolor.

(Marya seca los ojos con su pañuelo, y firme, entera, entra segunda.—Telón.)

Intermedio musical

MUTACION

CUADRO TERCERO

Fachada trasera á la derecha de la casa de Segismundo, con ventanas y puerta practicable. En el centro de la escena un rosetón de jardinería. La escena está limitada por una estacada, con cancela en el foro, practicable también, y de madera. Cerca de esta cancela, y en sitio bien visible, un pino del Norte, esto es, no como los nuestros copudos, si no con las ramas en sentido horizontal desde la mitad del tronco. Más allá, en el fondo, una loma practicable asimismo, por la que se verá marchar á Enrique en trineo tirado por un caballo y guiado por un cochero del país. Los dos cubiertos de pieles. El paisage está completamente nevado, menos una parte de las ramas del pino, y la correspondiente al suelo.

ESCENA PRIMERA

IVANOF por la puerta de la estacada con un capotón gris después de hablar con un soldado como si le diera órdenes y de retirarse el soldado

No puedo decidirme. Me aterran sus padecimientos en Siberia. ¿Cómo amando á un ser, como yo amo á ese ángel, se le ha de atormentar? Pero, ¿y mi deber? ¿No he sorprendido á los conspiradores en su casa? (Pausa.) Sí, mas yo me prevalgo de ese hecho para desterrarla. ¿Es esto noble? ¿Es esto amar? No, estos son celos, es despecho. Ella no puede amarme. Les hemos dejado sin hogares, sin libertad... Pero yo no puedo vivir sin ella, y menos he de poder verla unida á otro hombre. ¡Qué hago, qué hago! (Pausa.)

ESCENA II

DICHO y ENRIQUE. Este con fuerte abrigo de invierno

ENR He visto á usted, señor Conde, desde mi ventana; voy á partir dentro de algunos instantes, y á título de extranjero he de suplicarle un favor.

IVAN. ¿Cuál?

ENR. No por ellos, por mí. Perdone usted á los delincuentes.

IVAN. ¿Es Marya la que ha dicho á usted que me hable?

ENR. No. Soy yo, que no quisiera salir con esta dolorosa impresión de Polonia.

IVAN. De Rusia. (Con energía.)

ENR. Bien, de Rusia. ¿Quién no lucha por la independencia de su país?

IVAN. Pues no. Ni los perdono á ellos, ni perdono á Marya.

ENR. ¡Marya! (Estupefacto.)

IVAN. Sí; irá á Siberia.

ENR. ¡Ah! Capitán. ¡Qué alegría lleva usted á mi alma! ¡Volvía yo á mi país con una pena hondísima! España me parecía un fantasma, mi madre un sueño, y Marya una hermosa realidad. ¡Y la dejaba! ¿Pero ella va al destierro? Pues yo con ella. ¿Qué hay que hacer para ir á Siberia? ¿Abofetear á usted? Pues dese por abofeteado.

IVAN. ¿Qué es eso? (Intentando desenvainar su sable.)

ENR. (Amenazador.) Calma por el momento.

IVAN. Pero ¿está usted loco?

ENR. Sí, loco de amor por ella, y vea usted que mi locura se realiza. ¡Qué me importa España ó Siberia! ¿No es ella mi mundo? Pues con ella. Ya ve usted, que, si con ese destierro usted perseguía algún fin, no lo ha conseguido. Marya con su generosidad de alma nada me ha dicho, y usted que la ama, es usted el que viene á unirnos para siempre.

IVAN. (Después de una pausa.) ¡Es cierto! ¡Perdida estaba para mí, y perdida está! (Pausa. Transición.) Se aman ustedes; sean felices. ¡Yo no lo seré nunca! (Pausa. Con tristeza.) Diga usted á Marya que he revocado mis órdenes. Que están en libertad; que porque la amo, la quiero feliz, aunque sea de otro hombre.

ENR. Gracias, Conde. ¿Y los conspiradores? (Suplicante pero con dignidad.)

IVAN. Esos no. Mi honor de militar está en ello empeñado. Diré que los he sorprendido en

los campos para que Segismundo y Marya queden libres. También en Rusia hay hidalguía.

ENR. No lo dudaba, y mi agradecimiento...

IVAN. Es innecesario. Buen viaje. (Sale Ivanof por el fondo.)

ESCENA III

ENRIQUE y después MARYA

ENR. Es también un infortunado. (Viendo á Marya que va á entrar en escena por la puerta de a casa y cogiéndola las manos.)
Parto, en mi patria me esperan
un sol que espléndido brilla,
cariños que nunca mueren,
afectos que no se olvidan.
Parto, pero no en Polonia
seré fugaz golondrina,
que huye al llegar el otoño
por buscar templadas brisas.

MAR. Yo también parto muy pronto,
y más lejos nuestras vidas...

ENR. ¡No, no sales! Que Ivanof
por amor se sacrifica
y os vuelve la libertad.

MAR. ¿Es cierto?

ENR. Sí, Marya mía.

MAR. Enrique, por Dios corramos
á dar tan buena noticia
al abuelito.

ENR. Entremos. (Indicando la puerta.)

MAR. (Medio mutis.)
Mira si soy egoísta,
te alejas, y hasta mí llega
una insensata alegría.
(Entran en la casa.)

ESCENA IV

CORO GENERAL por el foro

JOSÉ (Llorando á gritos.) Sí, sí; se llevan á nuestros señores, y se llevan á mi Gelcha de mi alma. ¡Ya no la veré más!

CAMP.º ¿Pero quién te lo ha dicho?

JOSÉ Ella. Ahora que empezaba á quererme, ahora me la quitan. Oye (A uno de los campesinos,) tú que has estado en Siberia, ¿hacen allí algo malo á las mujeres?

CAMP.ª A tí te importará mucho Gelcha...

JOSÉ Ya lo creo que me importa.

CAMP.ª Pero á nosotros nos importa los señores.

CAMP.º Hay que impedir que se los lleven.

JOSÉ ¿Pero cómo?

CAMP.º Por la fuerza.

JOSÉ Pero si los rusos están por todo alrededor y tienen fusiles.

CAMP.º Y nosotros tenemos las herramientas del campo, y los puños.

JOSÉ ¿Y qué vais á hacer con los puños?

CAMP.º Dar puñadas. ¡Vamos á los rusos!

TODOS ¡Vamos!

JOSÉ Mirad que os zurran. (Medroso.)

CAMP.º No importa, si así salvamos á los señores.

JOSÉ ¿Pero cómo lo vais á hacer?

CAMP.º Matándolos. ¡Mueran los rusos! (Esta exclamación se hará con voz ahogada.)

TODOS ¡Mueran! (Idem. Se preparan á salir por el fondo cuando entra en escena Segismundo, apoyado en el brazo de Barteck. Al verle todos se descubren.)

ESCENA V

DICHOS y SEGISMUNDO y BARTECK

SEG. ¿Qué pasa? Estaba despidiendo á mi sobrino y me anuncian que estáis aquí todos y no en vuestras faenas. ¿Qué queréis?

JOSÉ (Con fanfarronería.) Señor, que os deportan á Siberia y no podemos consentirlo.

CAMPO ¡A los rusos!

TODOS ¡A ellos!

SEG. (Imperativo.) Silencio. Nadie medianamente sensato pensará en esa locura. Caeríais despedazados ante esos lobos.

JOSÉ ¿No os lo dije?

SEG. Además, nosotros no estamos presos ni vamos á Siberia.

CAMP.º Nos lo dijo José.

JOSÉ Las mujeres siempre mentirosas. A mí me lo dijo Gelcha.

SEG. Y era cierto, hijos míos; por haber refugiado á unos patriotas, el capitán Ivanof quiso deportarnos, pero se arrepintió después.

JOSÉ ¡Viva Ivanof!

TODOS (Con indignación.) Chist.

SEG. No, no hay que dar vivas á ese hombre, que al fin se lleva á nuestros amigos, cuya suerte ignoraremos ya para siempre. Yo he cumplido mi deber con ellos, cumplidlo también vosotros dándoles prudentemente vuestro adiós.

CAMPO (Mirando al costado de la derecha de la casa.) ¡Ya los traen!

Música

(Todos se repliegon á la izquierda en montón. quedando delante del grupo Segismundo y Barteck. Por el costado indicado de la fachada salen entre dos hileras de soldados rusos, con sus largos capotes grises y los fusiles con la bayoneta armada, los dos presos, atados. Suben por el centro del escenario y salen por la cancela del fondo, siguiendo por el lado izquierdo. El Coro los sigue cantando á alguna distancia, menos José que queda en la cancela.)

CORO
Ya los llevan, ¡pobrecitos!
á Siberia ó á morir,
y aun nosotros
nos podremos divertir.

(Segismundo los ve pasar con los brazos cruzados demostrando soberbia entereza.)

Son los valientes que por la patria
saben luchar,
son los leales que caen al grito
de libertad. (Saliendo.)
Adiós los desterrados,
adiós infortunados
que vais á perecer.
Polonia agradecida
sus mártires no olvida;
quién sabe si en la lucha
es el morir vencer.
(Siguese oyendo el adiós de los Campesinos.)

Hablado

SEG. (Volviéndose á Barteck y abrazándole.) ¡Qué pena, mi viejo camarada, qué pena!
BAR. ¡Dos menos!
SEG. ¡Y así acabarán con nosotros!

ESCENA ULTIMA

DICHOS, MARYA y GELCHA

GEL. (Dentro.) Aun lo veremos por aquí, señorita. (Entran Marya y Gelcha, la primera envuelta en un grande abrigo de pieles, la cabeza cubierta con una gorra de piel también, enjugándose las lágrimas y dominada por fuerte emoción.)
MAR. (Abrazando á Segismundo.) ¡Abuelito del alma! ¡Ya se aleja!
SEG. Otro desterrado, ¿verdad, hija mía?
GEL. Al llegar á la loma lo veremos, sin duda. (Se agrupan en el centro del escenario abrazados Marya y su abuelo. A la izquierda Barteck y á la derecha un poco atrás Gelcha Todos miran con ansiedad.)
JOSÉ (Yendo hacia Gelcha y en voz baja.) O me quieres ó me caso con Yanca.
GEL. (Bajo también.) No te cases tan pronto, hombre, ¡no te cases tan pronto!
(Gestos de alegría en José.)
BAR. ¡Ya se le ve! (Todos agitan su pañuelo. Aparece en

la loma Enrique, cubierto de pieles y en su trineo deteniéndose.)

ENR. ¡Adiós!

TODOS ¡Adiós!

ENR. Coronel, si un polaco se quedó en España, un español se quedará en Polonia.

MAR. (Desasiéndose de Segismundo y yendo frenética á la cancela.) ¿Volverás?

ENR. (Con firmeza.) Sí, volveré. (El trineo desaparece.)

MAR. ¡Dios mío! (Vacila como para caer; todos van hacia ella; trayéndola al centro de la escena con muestras de gran inquietud.)

SEG. No os asustéis, no os asustéis. Es el pino del Norte abatido por el sol de España. (Telón.)

FIN DE LA ZARZUELA

Obras de Vicente Casanova

La adivinadora.—Sainete lírico. (En colaboración.)
Ronda de primos.—Zarzuela en un acto. (En colaboración.)
Licenciado y sustituto.—Zarzuela en un acto y en verso.
Obras, autores y cómicos.—Un tomo.—Gacetillas teatrales, por El Dómine Cervatana.
Versos.—Un tomo.
Ídolos rotos.—Drama en tres actos, en prosa.
Neurosis.—Comedia en tres actos, en prosa.
Cartas íntimas.—(Autor anónimo, prólogo de Vicente Casanova.)
El pino del Norte.—Zarzuela en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

EN PREPARACIÓN

Cartas novelescas.—(Psicología amorosa.)

Precio: UNA peseta